

¿DESDE CUÁNDO MÉXICO?

Ha sido siempre un complicado problema para los historiadores establecer un momento o siquiera una serie de acontecimientos que marquen el inicio de alguna nueva sociedad, distinguible por sus peculiaridades de aquella que le antecede. En nuestro caso, ¿desde cuándo podemos hablar de México?, ¿a partir de las antiguas civilizaciones prehispánicas?, ¿desde la colonia?

Ahora conmemoramos en Hispanoamérica el bicentenario del inicio de las luchas que desembocaron en la separación política de la metrópoli española, aniversario compartido por la mayoría de los países latinoamericanos. México, Argentina, Chile, Ecuador, etcétera, existen a partir de que se consumó la ruptura con el antiguo imperio español. Antes de ello, tampoco estaban los gentilicios, al menos aplicados al conglomerado humano que los adoptó después de las independencias.

Si no existía el primer dato de identificación que es el nombre, tampoco la idea de pertenecer a una patria. Los lazos de unión venían del paisanaje local, de la religión, de la pertenencia a un oficio, a una raza y de la fidelidad o el sometimiento al rey. Ni los iberos se concebían habitantes de una patria que a todos abrazara. Si a uno de estos súbditos del monarca español se le preguntaba qué era, lo más seguro es que contestara en su idioma: vasco o castellano o catalán... y los nacidos en América, con menos señas de afinidad, apenas responderían que saltillense o zacatecano, paseño, limeño, rioplatense, cuzqueño, cuencano, janero o duranguense. Los peninsulares de aquí, orgullosos y altaneros, para enfatizar la diferencia con el resto a lo mejor contestaban: "yo soy muy español", algo que les encantaba proclamar. Los señalados como indios o castas, se referirían siempre a su comunidad o pequeño pueblo: de Temeichi, de Zacapoaxtla... O tal vez, desde otras varias perspectivas, los interrogados pondrían por delante su pertenencia a un estado o casta o su oficio, y la respuesta sería: "clérigo", "minero", "comerciante", "arriero", "gañán", "hacendado", "mulato", "cambujo", "mediero", "capitán", etcétera.

En 1823 y en los dos años precedentes se dotó a la nueva nación no sólo de su nueva capital, sino, en primer lugar, de un nombre. Lo mismo sucedió en cada uno de los escenarios hispanoamericanos. Fueron los partos históricos de los cuales surgieron las nuevas patrias, de manera tal que el vecino de la

flamante villa de Paso del Norte podía alcanzar, ¡por fin!, una identidad mayor y reclamarse satisfecho como mexicano e igual sucedía con el de Tapachula o el de Veracruz.

La Patria, escrita ahora con mayúscula, se comenzaba a edificar e implicaba para estos hombres la trabajosa e indispensable mutación de súbditos a ciudadanos, miembros de una nación y no seguidores o vasallos de un príncipe o de un cacique. Si no conseguían triunfar en el intento, abandonando el capullo, tampoco habría nación y estarían de vuelta a la colonia de alguna metrópoli europea o bien, en el mediano plazo, pasarían a convertirse en una parte de la expansiva República norteamericana. De nuevo, inferiores o parias en la tierra de sus padres.

La nación de los mexicanos, así, emergió y se ha ido construyendo durante este complejo proceso de fusiones, avances y regresos, en el cual han obrado acontecimientos guerreros, políticos, educativos, culturales, después de 1810. Elección de cabildos municipales, de gobiernos locales, formación de colegios civiles, publicación de historias nacionales y regionales, adopción de fechas y símbolos patrios, son entre muchos otros empeños, instrumentos para forjar la Patria. Tal ha sido la senda seguida en todo el globo.

Si nos imaginamos a las naciones modernas como grandes corrientes humanas entendemos que cada una se forma gracias a la afluencia de otras aguas, de distintos orígenes y colores. Estos componentes se pierden y se conservan al mismo tiempo en el nuevo torrente. Es de esta manera que los pueblos prehispánicos y la sociedad colonial concurren a la formación del México de hoy.

De esta suerte, Cuauhtémoc o mejor quizá, la gesta que dirigió, es parte de una larga historia en el curso de la cual se formó la nación moderna. No puede prescindirse de su figura ni del pueblo azteca en la explicación del presente. Tampoco de Sor Juana Inés de la Cruz, tomados como ejemplos entre el sinnúmero de personajes y hechos que precedieron a la constitución de México. Y a estos conocidos personajes, habríamos de agregar otros, como los caudillos indígenas rebeldes al dominio europeo. Teporaca o Tepórame, el dirigente tarámurí que encabezó la insurrección en la Tarahumara a mediados del siglo XVII, no fue, por supuesto, mexicano. Igual, tampoco Tupac Amaru fue peruano, pero la historia de México y la de Perú, estarían cojas si se olvidan de las luchas que encabezaron, antes de que se constituyeran las entidades nacionales.